

juegos, etc., y por último la toponimia regional. Huelga decir lo útil que tal sistema resulta para el lector que busca en las palabras el reflejo de la cultura. Así, el vocabulario sistemático (al cual va agregado un índice alfabético) presentado por el autor da una idea perfecta de los diversos aspectos de la arcaica cultura que caracteriza a esta región, de la vida material sobre todo. El pintoresco valle del Alto Aller, desconocido casi en absoluto hasta ahora, queda definitivamente conquistado no sólo para la lingüística, sino también a la luz de la etnografía. Agradecemos a Rodríguez-Castellano este doble hallazgo, y hacemos votos por que continúe por la ruta emprendida con tan buen éxito.

Fritz Krüger

Universidad Nacional de Cuyo,
Mendoza (Argentina).

Historia general de las literaturas hispánicas. Publicada bajo la dirección de D. Guillermo Díaz-Plaja con una Introducción de D. Ramón Menéndez Pidal. Barcelona, 1949 y 1951. Vol. I, *Desde los orígenes hasta 1400*, XI + 779 págs.; vol. II, *Pre-renacimiento y Renacimiento*, 865 págs.

Desde el Monje de Silos hasta Ortega y Gasset reaparece una y otra vez en las letras españolas la queja no retórica de que España es más rica en héroes que en historiadores. Y en verdad el cotejo de cualquier arte, no sólo el militar, con su correspondiente estudio confirma la disparidad entre la vocación de España para la creación y su vocación para la crítica. De ahí que, por una parte, toda tentativa de historiar el patrimonio artístico español es en principio digna de aplauso y que, por la otra, dado lo escaso y fragmentario de semejantes esfuerzos, las dificultades sean mucho mayores que en los países donde la acumulación sistemática de investigación ha corrido parejas con el desarrollo artístico. Por añadidura, una historia literaria de vastas proporciones trae anejos muchos y delicados problemas. El primero —asegurar el trabajo coordinado de un crecido número de especialistas— es particularmente espinoso hoy, pues a los inevitables roces y tensiones personales se agrega el prejuicio político con sus arbitrarias exclusiones e inclusiones. Bueno es tener en cuenta todas estas circunstancias al evaluar una empresa de tan largo aliento como la *Historia general de las literaturas hispánicas*.

Muchas posibilidades se ofrecen a una extensa historia colectiva. La presente no se ha propuesto ser el repertorio exhaustivo a la manera de la *Histoire littéraire de la France* o de la *Cambridge history of English literature*: autores secundarios como Francisco Imperial, Diego de Valencia, Ferrán Sánchez Calavera, Diego Guillén de Ávila, Gonzalo Argote de Molina quedan eliminados o reciben menos atención que en manuales existentes y, por supuesto, mucho menos que en las obras especializadas de Amador de los Ríos y Menéndez Pelayo. La *Historia general* es una colección de ensayos amplios sobre las figu-

ras más importantes de las literaturas hispánicas, los cuales no se plantean cada tema originalmente y de raíz, sino que exponen en forma clara y ordenada las ideas admitidas, con ocasionales agregados, reservas y rectificaciones. En muchos casos, los autores hacen gala de eclecticismo, pues se muestran más deseosos de enumerar todas las opiniones en circulación que de aquilatarlas, y llegan a alinear una tras otra teorías contradictorias sin orientar al lector sobre su respectivo grado de probabilidad. En otros casos predominan las explicaciones tradicionales, y se exponen sumariamente y como de mala gana las más nuevas.

El arduo problema de la ordenación está sensatamente resuelto: dentro de una secuencia cronológica no estricta, se estudian las obras y los autores según su agrupación natural en escuelas y géneros, con debida consideración de las generaciones y movimientos literarios. Claro es que, como toda compleja realidad, la literatura es a veces reacia al encasillamiento. Por ejemplo: las obrillas goliárdicas *Razón de amor, con los denuestos del agua y del vino* y *Elena y María* figuran en el capítulo sobre la literatura dramática primitiva porque, sin perder de vista su aspecto lírico-narrativo, se destaca su aspecto de "debate", pero no hay referencia en el mismo capítulo al *Libro de buen amor*, cuyo vivo diálogo en el episodio de doña Endrina y en otros deriva de la "comedia elegiaca", antecedente importante del teatro. Los autores de actividad múltiple suelen ir distribuidos en varios capítulos, conforme a la índole de sus obras: Gómez Manrique, por ejemplo, fray Íñigo de Mendoza, Pedro Manuel Jiménez de Urrea, fray Ambrosio Montesino están tratados como líricos entre "Los grandes poetas del siglo xv", y como precursores del teatro en "La literatura dramática peninsular en el siglo xv"; Juan de Valdés figura por sus tratados devotos en "Renacimiento y humanismo", y por el *Diálogo de la lengua* en "Humanistas creadores". La vida y la lírica de Juan Rodríguez del Padrón están estudiadas entre "Los últimos trovadores gallegos" (vol. I, págs. 614 y sigs.) y no entre "Los grandes poetas del siglo xv" (vol. II, págs. 73 y sigs.), bien que no ha escrito nada en gallego y es coetáneo de Mena y Santillana; su obra amena en prosa se analiza entre las novelas sentimentales del siglo xv (vol. II, págs. 202 y sig.), y sus obras didácticas, mencionadas en su biografía, quedan sin examinar, aunque la didáctica de su época ha merecido tratamiento especial (vol. II, págs. 178 y sigs.). Por último, se ha deslizado alguna que otra repetición (el *Calila e Dimna* estudiado por Gonzalo Menéndez Pidal en la pág. 431, y por Juan Antonio Tamayo en las págs. 453 y sigs.) y omisión (en ninguna parte se estudia la obra no dramática de Juan del Encina ni la literatura catalana del siglo xv).

Al dar cuenta de escuelas y movimientos nuevos, pienso que hubiera sido provechosa una mayor atención a las circunstancias históricas de cada uno; preciso es reconocer que, en este sentido, la presentación de la *Historia general* peca de abstracta: el florecimiento de la épica en el siglo xii, el de la poesía didáctica y la prosa en el xiii, la obra de Juan Ruiz y de don Juan Manuel en el xiv, la actividad

de la época de don Juan II no se encuentran situadas en su propio medio histórico, antes bien se suceden inconexa y arbitrariamente, en un vacío de aula escolar. En cambio, y aparte la Introducción de don Ramón, siempre válida y con documentación renovada, merece particular elogio la idea de preceder la historia castellana y catalana con el esbozo histórico de cada una. Más que en parte alguna es sensible al trazar la historia de la historia literaria española la falta de trabajo sistemático previo: por eso y también por otras razones, sólo pueden considerarse las páginas ofrecidas como estructuras provisionales, de las que el lector puede discrepar en muchos puntos, por ejemplo, en considerar a Menéndez Pelayo como el término de la investigación literaria, más allá del cual cesa de golpe la disciplina (pág. LXXII). Dejando a un lado el raído mito oficial, ¿acaso en la voluminosa producción de don Marcelino hay libro comparable en rigor de ciencia con la edición del *Cantar de Mio Cid* y en hondura de interpretación estilística con la *Poesía y estilo de Pablo Neruda*? ¿Puede escribirse decorosamente la historiografía literaria de España sin mencionar el Centro de Estudios Históricos y su renovadora actividad?

Es inevitable cierta disparidad en obras colectivas como la *Historia general*, disparidad quizá acentuada aquí por el diferente nivel de los colaboradores. Hállanse entre ellos especialistas conocidos que se han hecho cargo de temas de su especialidad (por ejemplo, el Padre Madoz, los esposos Millás, don Pedro Bohigas, Jorge Rubió Balaguer, Joaquín Carreras y Artau, José María de Cossío), y eruditos que han redactado apreciables ensayos, pero también meros compiladores y principiantes lanzados a empresas superiores a sus fuerzas. Junto a capítulos que son modelos de exposición erudita y elegante, como los de Rafael Lapesa y Carlos Clavería, no falta el escrito en prosa grandilocuente, cuajada de vaguedades pseudoestéticas, y el que no pasa de ser una bibliografía comentada, muy útil por cierto, pero escrita con desaliño chocante en una historia literaria.

La bibliografía, al final de cada capítulo, es en general copiosa y exacta, a veces discretamente comentada. En el capítulo sobre literatura hispanoárabe, de tanta actualidad hoy, y aunque el autor señala las obras de consulta más importantes, creo que el lector culto, no especializado, agradecería un elenco más detallado. Como excepción ha de señalarse la bibliografía de toda la producción poética de los siglos XII y XIII, despachada en menos de un tercio de página y que, en cuanto al *Alexandre*, no muestra conocer ni la edición ni los estudios de Raymond S. Willis.

Excelente idea ha sido la de proveer de ilustraciones esta *Historia*; muy instructivas son las que atañen a la España romana, hebrea y musulmana, las tomadas de manuscritos, incunables y ediciones raras, la serie de retratos de Pacheco, y muchas otras obras de arte español medieval y moderno, tan rico y tan poco divulgado. Por eso mismo es de lamentar que se les haya restado espacio para darlo a material conocido y no especialmente relacionado con lo hispánico (vol. I, pág. 38: retrato de Augusto; pág. 331: miniatura del *Roman de la Rose*, etc.), y que muchos epígrafes sean vagos y poco informativos.

Algunos reparos materiales: tomos tan voluminosos exigen índice alfabético en cada uno. La impresión, muy clara y legible, es algo descuidada. Hay bastante discrepancia en el modo de citar unas mismas series y hasta un mismo nombre de autor, y deplorables erratas. Por ejemplo: en la bibliografía de Alfonso el Sabio (vol. I, pág. 449) un título reza "Aspecto político": parece que se ha omitido la lista de obras pertinentes así como el título "Aspecto literario", pues lo que sigue es la bibliografía literaria. O bien el título en el vol. I, pág. 487: "Fortuna del *Libro de Buen Humor*". Descuidada es la impresión de nombres extranjeros y la de los epígrafes de las ilustraciones; las lápidas hebreas del vol. I, págs. 164 y 170, están colocadas cabeza abajo.

Estos reparos y la mayor parte de los formulados más arriba son detalles fáciles de subsanar en una revisión. Hoy por hoy, la obra reseñada constituye un aporte notable a la historiografía literaria española. En particular, sus síntesis de literatura visigótica, hispano-hebraica, hispanoárabe y catalana, que colman oportunamente un vacío, serán de innegable utilidad.

MARÍA ROSA LIDA DE MALKIEL

Berkeley, California.

Castigos e documentos para bien vivir ordenados por el rey don Sancho IV. Edición por Agapito Rey. *Indiana University Publications, Humanities Series* No. 24, 1952; 229 págs.

He aquí un libro excelente, cuya publicación hemos estado esperando cuarenta y seis años. Desde que en la *Revue Hispanique* de 1906 mostró Foulché-Delbosc que la edición del libro de *Castigos* atribuido a Sancho IV, que Gayangos había hecho para la Biblioteca Rivadeneyra, era una de las peores que publicó este erudito, siempre descuidado, y probó que más de la mitad del texto de Gayangos era debido a una interpolación muy posterior al núcleo fundamental y antiguo del libro, todos teníamos derecho a esperar que se reparara pronto una falta tan grave, por tratarse de una de las obras más conspícuas de la prosa medieval castellana, y que se nos diera a conocer correctamente la parte antigua de la obra, despojada de sus tardías excrescencias. Bastaba para ello reproducir uno de los manuscritos más antiguos, donde éstas todavía no aparecen.

Es la labor que ha realizado el profesor Rey. Y lo ha hecho con el cuidado escrupuloso y la pericia que pocos le regatearán, probados como los tiene de sobra por su edición de las *Sumas de historia troiana* de "Leomarte" y otras muchas obras de erudición hispánica. La nueva edición reproduce el manuscrito E (del Escorial), si no más antiguo que los otros, por lo menos el más respetuoso con el lenguaje antiguo; en nota agrega muchas variantes de C y algunas de los demás manuscritos. Según las conclusiones del profesor Rey, E y C son los únicos que proceden directamente del arquetipo, mientras que A es una copia ampliada de E, y los demás lo son de C. Como A fué ya reproducido por Gayangos, es natural que Rey haya sido muy parco en las variantes que nos da a conocer de éste y de los otros mss.